



La madre
de los
carabinieri

Alessio Puleo

Click
EDICIONES

Índice

- Portada
- Dedicatoria
- Introducción
- Capítulo 1
- Capítulo 2
- Capítulo 3
- Capítulo 4
- Capítulo 5
- Capítulo 6
- Capítulo 7
- Capítulo 8
- Capítulo 9
- Capítulo 10
- Capítulo 11
- Capítulo 12
- Capítulo 13
- Capítulo 14
- Capítulo 15
- Capítulo 16
- Capítulo 17
- Capítulo 18
- Capítulo 19
- Capítulo 20
- Capítulo 21
- Capítulo 22

[Biografía](#)

[Notas](#)

[Créditos](#)

Gracias por adquirir este eBook

Visita Planetadelibros.com y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Primeros capítulos

Fragmentos de próximas publicaciones

Clubs de lectura con los autores

Concursos, sorteos y promociones

Participa en presentaciones de libros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:



Explora

Descubre

Comparte

*Un agradecimiento particular a Filippo Vitale
por su preciosa colaboración*

INTRODUCCIÓN

Alessio Puleo decidió en el año 2001 prestar servicio en la quinta del Arma de Carabinieri[1]. Algunos días después de su traslado desde Benevento a Palermo fue asignado al servicio de vigilancia de la casa de Paolo Borsellino. Y fue allí donde tuvo lugar el primer encuentro con la señora Lupo, la «madre de los carabinieri». La señora vivía sola en un antiguo edificio situado justo enfrente de la casa del juez.

Alessio, dentro del XII Batallón de los Carabinieri de Sicilia, había oído hablar a menudo de ella, pero cuando por primera vez se encontró delante de aquella «extraña» mujer con el sombrero del Arma en la cabeza y los galones cosidos en la chaqueta, entendió que se trataba de una persona muy especial.

Mamá Mimma lo escrutó de pies a cabeza para asegurarse de que el uniforme estuviera en orden, que los zapatos estuvieran relucientes, el nudo de la corbata perfecto... ¡y la cara bien afeitada! Se comportaba como un verdadero oficial y todos (desde los más bajos cargos a los oficiales) la querían y respetaban. Transcurría todo el día en compañía de aquellos jóvenes carabinieri que, alejados del cariño de sus familias, encontraban en ella el amor de una verdadera madre. Les daba consejo y comprobaba todo tipo de cosas: bocadillos, *croissants*, té, café... Y muchísimo más.

Todos la habían rebautizado como «la madre de los carabinieri».

Alessio cogió un afecto especial a aquella mujer y, pasando muchas de las horas de servicio en su compañía, intentó entender qué la llevaba a hacer lo que hacía. Así, día tras día, reconstruyó su vida, descubriendo un pasado lleno de emociones hermosas y horribles en las que residía el porqué de todas aquellas buenas acciones con los carabinieri.

No, aquella historia no podía, un día, desvanecerse en la nada junto a mamá Mimma, así que decidió transcribir toda la información acumulada y, recopilando también información del Museo Histórico del Arma, reconstruyó el contexto social de aquel periodo.

Después de casi cuatro años de trabajo, consiguió escribir su guion cinematográfico. El proyecto atrajo la atención de una productora, pero el excesivo coste hizo que lo dejaran a un lado. Alessio, convencido del interés que la historia podría suscitar, decidió darle forma editorial. Así, en el año 2006, transformó el guion en novela y nació *La madre de los carabinieri*.

1

Domenica Lupo, «tía Mimma», vive desde hace muchos años en una pequeña casa, un chalet estilo modernista de principios del siglo XX. Vive sola, rodeada de vecinos cariñosos. Frecuenta la casa de los Borsellino desde hace mucho tiempo y, tras la muerte del juez, su amistad con la viuda del difunto magistrado se ha vuelto incluso más íntima, tanto que para la señora Borsellino es casi «una más de la familia», una anciana tía a la que pedir consejos.

La casa de tía Mimma está enfrente de la vivienda de los Borsellino, y por eso lo primero que ella ve por la mañana al abrir las ventanas es a los carabinieri que, desde la muerte del magistrado, montan guardia para proteger a su familia.

Pero volvamos con tía Mimma.

Es una calurosa mañana de julio. Son las diez y la canícula ya oprime, molesta, causada por el siroco que azota Sicilia desde hace dos días. Palermo sucumbe bajo el ardiente sol, pero la vida en la ciudad continúa. Tía Mimma abre la pequeña verja peatonal. Viste sencilla, pero también con cierta elegancia: un vestido de tela ligera color *beige* moteado con pequeños lunares de tono tierra de Siena, tono sobre tono; un sencillo cinturón le ciñe la cintura. Es una mujer menuda, con una silueta todavía juvenil... ¡para sus casi noventa años!

Cierra de nuevo la verja, comprueba el bolso para asegurarse de que están las llaves, el portamonedas, la peque-

ña corona del rosario y el pañuelito bordado. Perfecto, ¡no falta nada! Ahora puede irse. El mercado está a pocos cientos de metros, ¡caminar un poco siempre va bien! Echa un vistazo a los dos carabineros de la calle con una media sonrisa digna de la Gioconda y se va.

Son las diez y veinte. El mercado del barrio es todo un vocerío, un coro de reclamos, una alabanza a las propias mercancías. El puesto de la pescadería parece una paleta de pintor con tonos plateados, el de las hortalizas, un centelleo de verde y rojo por la verdura fresca y los tomates maduros. Tía Mimma hoy está ahí por la fruta; pide en el mostrador un kilo de jugosos melocotones amarillos y uno de cerezas rojo rubí. Un chico a su lado mira la mercadería y vacila: no parece convencido. Tía Mimma lo observa durante unos segundos: cuerpo atlético, tejanos y polo blanco, una extraña bolsa de piel con líneas en la mano, un poco como aquellas de los pieles rojas que recuerda haber visto en las películas *western* de la televisión. Mientras paga, nota que el chico también compra melocotones al mozo; tía Mimma abandona el puesto y se va. El calor es sofocante. Después de pocos pasos se apoya en un poste de la luz, con la cabeza dándole vueltas vertiginosamente, y resbala lentamente hasta el borde de la acera mientras escucha al frutero que le pregunta: «Señora, ¿qué le pasa?».

Es una mujer dura, con una voluntad de hierro, así que se apoya sobre sus delgadas piernas. «Nada, nada», responde levantándose fatigosamente y retomando el camino a casa. Unos pocos pasos más y esta vez le falta el aire, la cabeza le vuelve a dar vueltas y acaba tendida en el asfalto.

Abre los ojos y, tras algunos segundos, ve el rostro del chico del polo blanco. Una señora da al joven un vaso de agua y este se lo acerca a los labios a tía Mimma tras acomodarla en una silla.

Pasan los minutos, el chico aleja a los curiosos con educada firmeza, quedándose con tía Mimma y la señora que ha traído la silla y el agua.

Tía Mimma lo observa ahora atentamente: sobre los treinta, metro setenta y cinco, en muy buena forma, constitución media, ochenta kilos más o menos, rostro afeitado, cabello corto, cara de buen muchacho. ¡Qué extraño, habla un italiano perfecto, no tiene el acento o la cadencia siciliana!, piensa. Tía Mimma presumía siempre de saber «valorar» a una persona a primera vista. ¿Y este qué «valor moral» puede tener?, se pregunta.

Después se oyen las cuestiones de rigor: «¿Está bien?», «¿ya ha pasado?», y así...

El joven se ofrece a acompañarla a casa. Coge el bolso y se lo devuelve. «Bueno..., no es un ladrón, si no, ya habría huido con todo lo que hay dentro..., ¡melocotones incluidos!», se dice. Empiezan a caminar despacio. El joven abre la verja del pequeño jardín. Querría seguir ayudando a tía Mimma, pero esta se retira asegurándole que todo ha pasado ya y se lo agradece de corazón. Ya que estamos aquí, podría ofrecerle un café, piensa. Pero no está convencida. ¿Quién es este?... ¿Y si fuera un maníaco que asesina a las viejecitas?

Pero, mirándole bien, y recordando la buena acción que ha realizado, desecha el mal pensamiento y lo invita a casa a tomar algo.

El joven se mantiene educadamente en el exterior de la cancela, rechaza la oferta sintiéndose un poco incómodo y, empujado por la curiosidad, pregunta a la pequeña anciana si vive sola. Si tiene marido o hijos. La respuesta es extraña, muy extraña, y su curiosidad crece aún más: «Tengo muchos hijos, ¡pero ahora no están!».

¿Qué habrá querido decir? ¿Por qué una respuesta tan vaga?, piensa el chico.

Se quedaría encantado para escuchar lo que tiene que decir aquella anciana mujer que, con pocas palabras, ha despertado su interés, pero no puede. Así que, por el momento, rechaza la invitación por obligaciones laborales que le esperan, le promete volver y se va.

Tía Mimma entra en casa, corre hacia la ventana y sigue con la mirada al joven, que se dirige hacia los carabineros que aparcan como cada día delante de la casa de los Borsellino.

2

Ya han pasado tres días tras el malestar de tía Mimma.

Su vida continúa con la rutina de siempre. La anciana está concentrada regando las plantas y quitando algunas flores marchitas y hojas amarillentas por la quemazón del siroco. Cuando acaba, se pone de espaldas a la calle y empieza a tender la colada en un único hilo, tensado entre dos cerezos que hace ya años que no dan frutos. Percibe la presencia de alguien en la verja, se gira instintivamente y ve el rostro del buen muchacho: el joven socorrista sonriente, con su inseparable bolsa de piel y mirándola como pensando: ¿has visto como sí he vuelto?

—¡Ah, eres tú! ¡Por fin das señales de vida! ¡Casi ni te esperaba ya!

El chico sonríe por el reproche casi maternal.

—¿Sabe?, he estado ocupado: el trabajo, las obligaciones... —La pequeña anciana esta vez le hace entrar en casa—. ¡Yo siempre cumplo mis promesas, querida señora! —dice orgulloso el chico.

—¡Pero qué señora! Me llamo Mimma, de hecho para todos soy tía Mimma.

—De acuerdo, entonces a partir de ahora será tía Mimma también para mí.

Mira a su alrededor; la casa es pequeña, quizás tres o cuatro habitaciones, servicios incluidos. Todo muy bonito y ordenado. Los muebles son de estilo barroco siciliano, parece madera de nogal. Lo que más le sorprende son las co-

lumnitas y querubines incrustados sobre los muebles, nacidos para perdurar a lo largo de los siglos, que resaltan su gracia y su esplendor. Hay un aparador repleto de vasos verdes y rojos. Todo parece armonizar con el rostro de la anciana, ciertamente marcada por el tiempo, por las arrugas, por la alegría y los colores de la vida. Pero todavía refleja su pasada belleza. Los ojos de tía Mimma son una extraña mezcla de verde y gris, casi mágicos, repletos de luces y recuerdos. Una imagen tranquilizadora e inquietante a la vez.

—¿Quieres un café?

—De acuerdo, tráigame uno —responde el chico.

Tía Mimma desaparece en la pequeña cocina donde los muebles son modestos, en contraste con los de la sala de estar.

El joven se sienta a la mesa y observa las fotos en varios marcos de madera y plata. Fotos en blanco y negro, teñidas de sepia, daguerrotipos[2] de principios del siglo XX: imágenes de otros tiempos. Una en particular le llama la atención: la foto de un brigadier de los carabineros en traje oficial, todo erguido, con las manos apoyadas sobre la empuñadura del sable, el bigote bien cuidado, porte orgulloso, las botas puestas. Carabinero a caballo[3], piensa. A su lado, más menuda que un palmo, una chica preciosa de cara angelical con un sencillísimo vestido claro: parece su esposa. El joven coge la foto para mirarla con más atención; el rostro de la chica le resulta familiar, le recuerda al de tía Mimma. Coloca de nuevo la foto en su lugar educadamente y no dice nada, pero se queda con la duda.

Desde la cocina le llega la voz un poco ronca de tía Mimma:

—¡Todavía no me has dicho tu nombre!

El chico, cogido de improviso, enrojece y balbucea:

—¡Disculpe, no me he presentado aún! Me llamo Paolo Bottini.

Tía Mimma asiente satisfecha, ¡ahora sabe el nombre y apellido! El café empieza a borbotear, ella saca la cabeza.

—¿Cuánto azúcar?

—Dos cucharitas —responde Paolo.

Tía Mimma entra de nuevo en la sala de estar con una pequeña bandeja de hojalata decorada con temas florales y dos tacitas de porcelana con el borde dorado como el del platillo. Se acerca lentamente, con cuidado, para no verter el café.

—¡Por tu acento diría que no eres de aquí!

—En efecto..., ¡soy de Roma!

—¿De Roma? —pregunta tía Mimma—. ¿Y qué haces aquí en Sicilia?

—Estoy aquí por trabajo.

—¿Y de qué trabajas para estar siempre tan ocupado? —sigue investigando la pequeña anciana.

Paolo se gira hacia tía Mimma, ahora reconoce los rasgos de su rostro, el detalle de la nariz griega y frente alta. ¡Es ella! ¡Es la chica de la foto! En una milésima de segundo piensa: «¡Dios, cómo nos cambia el tiempo!».

—Soy brigadier de los carabineros —dice seguro de sí mismo, como si hablara con una vieja tía a la que no viera hace tiempo.

La respuesta de Paolo turba a tía Mimma como si le recordara algo. Se detiene de repente, las manos se le vuelven inseguras, la bandeja tiembla y caen unas gotas de café. Paolo se levanta, coge la bandeja con una mano y la deja encima de la mesa mientras con la otra sostiene a la mujer y la acomoda en una silla. Se preocupa, recordando lo que pasó tres días antes, pero tía Mimma lo tranquiliza:

—No es nada, ¡solo un mareo!

—Pero ¿por qué no va al médico?, ¿le sucede a menudo? —sugiere el chico y sigue preguntándole por su salud. Después cambia de tema—. Y dígame..., ¿qué hacen sus hijos? ¿Por qué no la cuidan? ¿Dónde están?

Tía Mimma lo coge de la mano y lo lleva hacia la ventana. Aparta ligeramente la cortina y señala los carabinieri de la calle.

—Ahí los tienes. Mis hijos.

¡Sí, claro...! Joder, ¡la vieja hace bromas muy pesadas!, piensa Paolo.

—¡Ah, de acuerdo! Entonces, si aquellos son sus hijos, ¡yo también lo soy!

Tía Mimma le sonrío, como en la foto, ¡esa sonrisa! ¡Madre mía, es ella!, piensa Paolo.

La anciana le acaricia dulcemente la cabeza.

—¡De acuerdo, mientras tomamos el café te cuento una preciosa historia llena de felicidad y tristeza! ¿Tienes tiempo?

—¡Claro, todo el que quiera! Estoy fuera de servicio, mi novia y mi familia están en Roma y yo no tengo nada que hacer. Me quedaré para que pueda contarme su historia, ¡pero tendrá que permitirme que la invite a cenar esta noche!

—Pero yo soy vieja, hijo mío —responde tía Mimma—. ¿Un joven apuesto como tú va a ir a cenar con una vieja?

—No he conocido a ninguna de mis abuelas. Así que esta noche llevo a cenar a la mía. No, ¡a mi madre adoptiva! ¡Y con un brigadier de los carabinieri no se discute! —ironiza Paolo, sonriendo satisfecho.

—De acuerdo —consiente tía Mimma—, pero ahora escucha bien lo que te voy a decir..., ¡te aseguro que todo es verdad!